

Vecinos revitalizadores en América Latina

Pedro A. Vives

Ciudad Bolívar se encontró hacia los años ochenta del pasado siglo, retada a capitanear el despegue de su territorio circundante, el Estado Bolívar en Venezuela, acechada de cerca por el estallido petrolero. Era, y es, la ciudad heredera de Angostura, crecida a orillas del estrechamiento del Orinoco en plena sabana desde 1776. Y era, que ya no, un poblachón provinciano, alejado de Caracas y acunado por naturaleza, tradiciones y apartamiento que hacían difícil imaginar un ingreso rápido en la modernidad venezolana. Su vieja trama urbana invitaba casi a lo contrario: plaza, iglesia, callejones, suave barranca hacia el río y, eso sí, el caserón en cuya sala principal Simón Bolívar dio lectura a las raíces del país, que desde entonces pasó a ser la Casa del Congreso. Las oportunidades que la Venezuela del petróleo ofrecía a Ciudad Bolívar a mediados de los ochenta parecían tropezar justamente con la pesada influencia de su casco histórico. La antigua Angostura se compadecía mal con la modernidad.

Y sin embargo hoy, veinte años después —más o menos—, Ciudad Bolívar no sólo está en el mapa venezolano sino que es un paradigma de nuevos y viejos conceptos de vida puestos al servicio de sus gentes. Lo que pasó en este tiempo fue simplemente que se ideó su recuperación urbana, se pensó en respetar su patrimonio y se soñó con que la ciudad de siempre sirviera para afrontar los retos del futuro. Recuperar y revitalizar el casco histórico de Ciudad Bolívar la han llevado a ser próximo Patrimonio de la Humanidad, pero más que nada la han convertido en una ciudad de tamaño medio, más pequeña que grande, bien servida de infraestructuras modernas, cabecera efectiva de su estado y capaz de atraer gentes, negocios y un discreto turismo aún incipiente.

La experiencia de Ciudad Bolívar es, posiblemente, demasiado válida para tomarla por síntoma de lo acaecido en el conjunto latinoamericano con los cascos históricos. Pero en su proceso de cambio se dieron algunas claves justamente para la reflexión más ambiciosa. Ante todo en ese caso venezolano ha sucedido que las propuestas públicas fueron respaldadas por los vecinos, y especialmente por los habitantes del casco histórico que asumieron con sorprendente naturalidad que ellos tenían que seguir la estela de sus autoridades e invertir en lo que, más o menos modestamente, les competiera. A ello sirvió desde luego la redacción de un plan accesible y claro y, después, que parte sustancial de los instrumentos desarrollados se pusieran al alcance de los ciudadanos. Ejemplo singular de esto último ha sido la continuidad funcional de talleres que nacieron con carácter de escuelas y que hoy son pequeñas empresas, de raíz artesanal, operando en la ciudad y su entorno; algo que también ha sucedido en Ponce, Puerto Rico.

Cosas parecidas y cosas divergentes han tenido lugar en otras latitudes latinoamericanas. Tlacotalpan, en Veracruz, México, ha seguido una senda similar aunque sin el empuje de una sede administrativa de estado, pero con la cultura incorporada de la integración vecinal, especialmente de pequeños propietarios residentes en el mero núcleo histórico. Tal vez bajando en la escala de los resultados alentadores merece la pena tomar en cuenta lo acaecido en Ouro Preto y en João Pessoa, ambas en Brasil, aun tratándose de un proceso todavía abierto en la segunda. E incluso puede incorporarse a estos casos la actuación en el centro urbano y en el entorno del río Paraná habida en Rosario, Argentina, pendiente, eso sí, de que soplen mejores vientos financieros. En estos casos mencionados la existencia o conformación paulatina de organizaciones vecinales, gremiales, ciudadanas en general ha representado un factor capital, sin el que planes de ordenamiento, proyectos de restauración o nuevas ordenanzas habrían sido insuficientes a todas luces. Es decir, se trata de realidades en las que la intervención pública ha contado con el desarrollo social como base de la mejor o peor adecuación técnica de las actuaciones. Y la cuestión está en dilucidar hasta qué punto ese factor resulta o no condicionante del desarrollo urbano a escala subcontinental.

Lo mencionado hasta ahora, con Ciudad Bolívar por paradigma, ha hecho referencia a núcleos urbanos pequeños o medianos, hecha la salvedad de Rosario. Si se pone el foco en ciudades mayores, más complejas urbana e históricamente hablando, creo que entonces aflora como relevante el factor sociedad para el éxito o fracaso de la revitalización de cascos históricos. La larga intervención en el centro monumental de Quito, por ejemplo, arroja tantas luces como dudas. Allí en torno a la plaza y el convento de San Francisco, verdaderos núcleos de casco urbano heredado de la colonia, se volcaron las autoridades locales desde los años setenta así como una cuantiosa ayuda y participación internacionales. Era, sin embargo, un típico casco histórico de gran ciudad latinoamericana. ¿Qué significa esa expresión? Pues, entre otras cosas, que era un espacio vecinalmente vacío, degradado en tanto que artesanos, comercios, administración, habían ya llegado y vuelto a salir en una tendencia que, con matices, comenzó en el siglo XVII, se agudizó en el XIX y se cerró ya antes de mediar el XX. En esa larga trayectoria el centro histórico de Quito se vació de habitantes, dio cabida a los servicios y finalmente se precipitó hacia el abandono estallando en el más sintomático de los fenómenos: la *tugurización*. La historia, esa historia, es la de varias grandes ciudades latinoamericanas.

Quito pasó entre los setenta y los noventa del reciente siglo pasado de tener un casco histórico degradado a volcar en él sus mejores esfuerzos y, sucesivamente, a necesitar una urgente revisión de lo hecho en ese tiempo. Ciertamente algunos edificios singulares lograron recuperar su *esplendor*, pero ni la trama urbana ni su inserción funcional hallaron un sentido más o menos cabal. En el transcurso, una política de gestos *devolvió* los lugares del Añaquito prehispánico a sus *legítimos herederos*, con lo que mientras casonas, iglesias y palacios se recuperaban de fachadas adentro, una tugurización de cuño indio, autóctono, se

adueñó de las calles hasta poner en fuga a los pocos pequeños comerciantes instalados con la expectativas puestas en el turismo prometido. El reciclaje administrativo de varios edificios resultó insuficiente, la invasión del tránsito privado durante el día inevitable y frustradora de los desvelos municipales, y la soledad nocturna fuente del manido argumento de los sectores medios para dar la espalda, otra vez, a la vieja ciudad: la inseguridad.

Y es que si faltan los vecinos, los habitantes naturales, no es fácil ser optimista en la recuperación de un casco histórico. Vecinos que ya estén o vecinos nuevos, tanto da. No hay sino que mirar a ejemplos en que *algo quedaba* para ratificarse en esa opinión. El entorno del Zócalo de Ciudad de México, protagonista, testigo y hábitat de tanta historia de la ciudad y del país, nunca se quedó del todo deshabitado; cierto que para los setenta y ochenta andaba más que aquejado de abandono, pero quedaban habitantes unos por romanticismo, otros por conveniencia, los más por resignación. Pero estaban. Bancos, oficinas, estudios, viejos y nuevos hoteles y restaurantes, convertían al centro histórico de México DF en una locura diurna, pero a la noche no se quedaba rotundamente solo. Seguramente esa ha sido su mayor fortaleza para revitalizarse al compás de los esfuerzos municipales y federales a la hora de ratificar y extender el profundo sentido cultural y político de ese gran espacio urbano marcado por las derechuras de sus vecinos y las torceduras de los temblores.

A cosa de una hora del D.F., Puebla es otro ejemplo de lo que vengo proponiendo. El centro histórico de Puebla es hoy una de las experiencias más gratificantes para quien lo pasea; su arquitectura, la catedral, plazas y esquinas, todo es acogedor en el centro de esa ciudad de largo entregada a la actividad industrial, académica, artesana o artística. Pero sobre todo es que ese centro urbano está vivo, siempre lo ha estado aunque haya crónicas de uno y dos siglos atrás que cuenten cómo se había ido despoblando. El centro de Puebla se quedó por lo visto sin sus más nobles habitantes, pero se repuso a golpe de comerciantes, artesanos, empleados que tuvieron el gusto de no acabar de irse nunca. De modo que cuando el siglo XX llegó con su afán revitalizador allí estuvieron y están sus vecinos para hacer de los proyectos realidades.

Más al paso puede rastrearse el fenómeno sin salir del centro de Buenos Aires. Si la Avenida de Mayo tuvo no hace mucho su planeamiento revitalizador que en poco, por no decir nada, ha quedado en la soledad de una calle de oficinas y comercios en merma, a inmediatas cuadras los barrios de Montserrat y San Telmo permanecen sostenidos por sus habitantes, nuevos o antiguos, pero habitantes efectivos que mantienen, reparan, abren cada mañana sus negocios, convocan en domingo a sus ofertas y, eso sí, reclaman la lentitud del plan municipal que, existiendo, nunca generó tanto papel ni expectativas como el de Avenida de Mayo. Los vecinos, organizados bien o mal, marcan la diferencia más ostensiblemente por cuanto casi medio siglo de dislate económico ha postergado *sine die* cualquier intervención.

Y así podría seguir un cierto catálogo de casos y situaciones. Caracas o Bogotá seguirán peleando por recuperar sus viejos centros históricos, aquejados ambos de la secular huída vecinal y etiquetados sin remedio como zonas peligrosas en cuanto el sol cae —y sin que acabe de caer—. Podrán instalarse en sus calles más centros públicos, más museos y galerías comerciales, pero pocas barreras serán derribadas mientras les falte el pulso social de unos habitantes reales. Como ellas, parece que Lima o São Paulo no han de recuperar sus centros históricos en tiempo, aquejados por casi idéntica sintomatología. Pero, otra vez como contrapuntos, Santiago de Chile, o Montevideo, o Porto Alegre, junto a otros casos, sacan a la palestra sus cascos mejor o peor habitados, pero vivos, resistentes, retadores; con sus vecinos por mejores herramientas de cualquier sueño revitalizador de la ciudad.